

Estafadoras encantadoras...

Si la pena es que haya personas que utilizan sus talentos —la inteligencia en muchas de sus formas, habilidades variadas, la capacidad de escucha y de comprender a los demás...— para el Mal (así, en mayúscula). Es una pena, sí, ya lo escribe Tori Telfer en *Maestras del engaño. Estafadoras, timadoras y embaucadoras de la historia* (Impedimenta). Y es que a lo largo de la Historia habrá habido miles, decenas de miles, cientos de miles, seguro; no diremos millones porque, como todo el mundo sabe, y aunque esta verdad dé menos titulares, en general la gente se comporta más o menos bien con el prójimo. Ahí está la cosa: que en un ambiente de confianza, de sentirse seguro, de creer al otro, viene la otra y te da un zasca. Un zasca a la cuenta corriente, que es lo que hicieron las protagonistas de este volumen, lo que no significa que después del timo conserves la vida, que de todo hay. Telfer ya había hablado de estas señoras que matan en un volumen anterior, *Damas asesinas*, así que tranquilidad, que en el nuevo la sangre es



marginal. La hay, pero poca; y a veces la que corre es precisamente la de ellas, no la de sus víctimas.

Las vidas que se narran en *Maestras del engaño* son las de mujeres con encanto, tanto encanto que se metieron en el bolsillo a muchas otras personas... y les vaciaron los suyos. Lo del encanto no lo digo yo, ni lo dice Telfer, sino que es lo que se contaba de estas señoras en los medios de su época—desde el siglo XVIII hasta nuestros días—. Ah, lo del delito cuando lo comete una mujer: no hay punto medio, o es encantadora o es una arpía. “Si la conocen, les encantará”, se podía leer en el *Daily News* de Nueva York en 1977 sobre una de las protagonistas. “Es una mujer brillante y encantadora”, diría un detective sobre otra de ellas hace poco. En ningún caso se referían a la belleza, de la que alguna no estaba exenta. Se referían a otras cosas, a modales, inteligencia, saber estar, saber tender la mano (o parecerlo), a la capacidad de adaptarse una y otra vez a las circunstancias, al ingenio.

Rose Marks es un ejemplo ma-



Tori Telfer relata la historia de las mayores embaucadoras de la historia

ravilloso de esa personalidad que se plantea en el libro, en el que hay jóvenes robando —sin robar, eh, menudo arte— collares de diamantes antes de la Revolución francesa, chicas simulando ser hijas desaparecidas de

zares, señoras obsesionadas con la fama y las estrellas de cine y música, espiritistas a puñados y madres que estafan en compañía de sus hijas. Marks nació en una comunidad romani de Estados Unidos y por lo tanto no fue



El libro narra la vida de mujeres que se metieron en el bolsillo a muchas personas... y les vaciaron los suyos

casí a la escuela. En su familia, las mujeres heredaban, se supone, la capacidad de ver el futuro y de deshacer el mal de ojo, así que desde muy joven empezó a construir un emporio basado en la videncia. Sus clientes, pobres personas con problemas, le entregaron millones de dólares. La creyeron hasta el final. ¿Cómo era posible?, se preguntaría después, cuando ya estaba siendo juzgada por sus trapicheos. Los investigadores y jueces se preguntaban más bien cómo había llegado a tener tal fortuna una mujer analfabeta. “Era muy buena en lo suyo”. Vamos, un encanto.

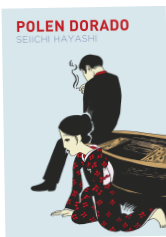
Elena Sierra

Experimental todavía hoy

Las historias cortas recogidas en este volumen con el que la editorial Gallo Nero da a conocer en castellano parte de la obra del japonés Seiichi Hayashi (Manchuria, 1945) son, todavía hoy en día, inclasificables. Hay una a todo color, algo no muy habitual en su época. En otra aparecen figuras de superhéroes americanos, hasta una parecida a algún personaje del *Mago de Oz* y una señorita que tiene un (gran) aire a Betty Boop, en serio —y unos modernitos tipo Beatle al fondo, esto qué es—. Pero luego hay lugar para que esté representada la mitología nipona, guerreros con espadas y sus gemelos demonios... Otra línea de trabajo: la de los dibujos trazados de forma muy sencilla, justo unos ojos enormes, el pelo negro, ni siquiera una boca —como si ese niño de *La libélula roja*, que a pesar del título solo se cuenta en tinta negra sobre papel, no tuviera palabras, no pudiera decir nada o no supiera qué decir—.

La sencillez de esos personajes y paisajes contrasta, mucho, con el detalle de otros. Es como si el dibujante y guionista no se decidiera por un solo tipo de arte, como si quisiera hacer una cosa y su contraria. Puede ir al detalle, pero no quiere; quiere reflejar el drama, pero va a por las aventuras.

La canción de cuna de Yamanba, por ejemplo, es una verdadera locura de amor y muerte. De amor y muerte o de otra cosa, a saber qué tenía el autor en la cabeza cuando la dibujó. Porque si algo se puede decir de Hayashi es que no es un tipo fácil de entender. Hay algo que se escapa todo el tiempo. Estamos como esos personajes cuyas andanzas acompaña cuando se pone realista. *Son los de Vivir entre las flores* (a color) y *La libélula*



roja (la del niño que mira, calladito). Hay un personaje en ambas que es, si se lee sobre la vida del autor, muy real. Es el de la madre, esa mujer que en la primera de las historietas espera al hijo adulto en casa y, según quién lo diga, lo vigila y acosa, impide

que crezca del todo, que eche a volar como él desea. Es la madre que, en la segunda, mantiene una lágrima en el raballo del ojo, una lágrima de noche y de día, una lágrima que el niño ve a todas horas. Es esa mujer que permanece en la casa y a la que visita un hombre. ¿O es una sombra?

El texto autobiográfico que abre el libro —o lo cierra, que ya se sabe que hay que empezar a leer por el final pues es como se lee en el formato original— explica un poco esa omnipresencia de la madre (está en otras historias). Hayashi fue un niño sin padre de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, aquella que a Japón le costó tan cara. Su madre sufría episodios depresivos, al parecer, y lloraba a menudo. En sus recuerdos hay un hombre que la visita. En



Seiichi Hayashi (Manchuria, 1945)

sus recuerdos ella es eso que le impide crecer con normalidad... si es que la normalidad existía en sus tiempos. En un país devastado, no parecía haber ningún futuro para los de su generación. Menos para los que querían respirar un poco, hacer

algo nuevo, los que se dejaban influenciar por el arte occidental. Él lo logró, convirtiéndose en dibujante de dibujos animados y en referencia para el director Hayao Miyazaki.

E. S.



La editorial Gallo Nero da a conocer en castellano parte de la obra del japonés Seiichi Hayashi